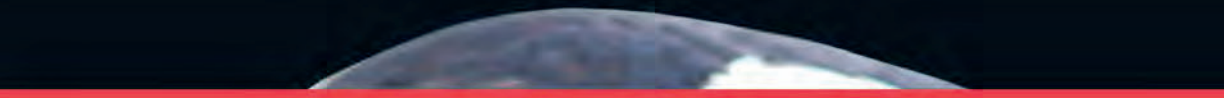
Esa cosa con plumas

La sorprendente vida de las aves y lo que nos revela sobre la condición humana

NOAH STRYCKER
Traducción de Alejandro Pérez Sáez



UN ESTUDIO CONMOVEDOR SOBRE LAS AVES QUE NOS HACE REFLEXIONAR SOBRE NOSOTROS MISMOS Y TODO LO QUE COMPARTIMOS CON LAS MÁS DE 10.000 ESPECIES CON LAS QUE CONVIVIMOS.

"Esa cosa con plumas observa de manera astuta y comparativa una sucesión de familias de aves para explorar lo que Strycker llama sus características 'humanas'. Un trabajo atractivo que ilumina algo profundo sobre toda la vida, incluida la nuestra." *The Economist*

"Strycker piensa como un biólogo, pero escribe como un poeta." *The Wall Street Journal*

"Esa cosa con plumas lo alentará a mirar más de cerca el mundo natural que lo rodea, y quizás aprender más no solo sobre lo que ve, sino también sobre quién es usted." *The Seattle Times*

"Es difícil dejar de leer la prosa de Strycker." *Publishers Weekly*

"Un libro vivo y vibrante. Periodismo de aves de primer orden." *The Washington Post*

Sección de Obras de Ciencia y Tecnología

ESA COSA CON PLUMAS

NOAH STRYCKER

Esa cosa con plumas

LA SORPRENDENTE VIDA DE LAS AVES Y LO QUE NOS REVELA SOBRE LA CONDICIÓN HUMANA

Traducción
Alejandro Pérez Sáez

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición en inglés, 2014
Primera edición en español, FCE México, 2022
Primera edición en español, FCE Argentina (de la ed. mexicana), 2022

Strycker, Noah
Esa cosa con plumas : la sorprendente vida de las aves y lo que nos revela sobre la condición humana / Noah Strycker. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2022.
234 p. ; 23 × 16 cm. - (Ciencia y Tecnología)

Traducción de: Alejandro Pérez Sáez.
ISBN 978-987-719-371-8

1. Aves. 2. Ornitología. 3. Ecología. I. Pérez Sáez, Alejandro, trad. II. Título.

CDD 598.1

Distribución mundial

Diseño de portada: Teresa Guzmán Romero

© 2014, Noah Strycker
Todos los derechos reservados. Esta edición se publica por acuerdo con Riverhead Books, un sello de Penguin Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC.
Título original: *The Thing with Feathers: The Surprising Lives of Birds and What They Reveal About Being Human*

D. R. © 2022, Fondo de Cultura Económica de Argentina, S.A
Costa Rica 4568; C1414BSH Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

Por acuerdo con Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com

ISBN: 978-987-719-371-8

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

Impreso en Argentina - *Printed in Argentina*
Hecho el depósito que marca la ley 11723

ÍNDICE

Introducción 9

Primera Parte
Cuerpo

I. Volar lejos de casa: cómo se orientan las palomas 17
II. Orden espontáneo: el increíble magnetismo de las bandadas de estorninos 37
III. La nariz del buitre: olfateando el talento del buitre 51
IV. Ráfagas de nieve: búhos, invasiones y espíritu errante 65
V. Guerras de colibríes: los riesgos de volar en el carril de alta velocidad 80

Segunda Parte
Mente

VI. Luchar o huir: a qué le temen los pingüinos 93
VII. Generación *beat:* cacatúas que bailan y nuestra extraña fascinación por la música 107
VIII. Focos rojos: cuando la ley del más fuerte se rompe 119
IX. Memoria caché: cómo almacenan la información los cascanueces . 132

Tercera Parte
Alma

X. La urraca en el espejo: reflexiones sobre la ciencia del yo en las aves 147
XI. Artes y astucias: el cortejo estético de las aves de emparrado 160

XII. Ayudantes coronados: cuando la cooperación es sólo un juego ... 173
XIII. Corazones errantes: el secreto oculto en el amor del albatros..... 190

Agradecimientos 205
Notas y fuentes 207
Glosario trilingüe de las aves mencionadas en este libro 223
Índice analítico 229

INTRODUCCIÓN

Imaginemos qué ocurriría si las aves nos estudiaran a nosotros.

¿Qué rasgos humanos atraerían su interés? ¿A qué conclusiones llegarían?

Como lo haría todo buen científico, las aves tal vez comenzarían con lo más elemental y emplearían mucho tiempo en tomar mediciones del cuerpo humano: peso, altura, fuerza, pulso, tamaño del cerebro, capacidad pulmonar, color, índice de crecimiento, expectativa de vida y cosas por el estilo. Las aves con inclinación académica llenarían libros enteros con sus observaciones clínicas sobre la constitución física de las personas. Lógicamente, tendrían que coordinar equipos de investigadores de campo para recolectar información. En una mañana cualquiera, al salir por la puerta de nuestra casa podríamos vernos atrapados en una red salida de la nada, rodeados por eficientes mirlos jóvenes equipados con reglas y básculas. Sin duda no tardarían en dejarnos seguir nuestro camino, sin mayor daño que la vergüenza de haber sido atrapados y la pérdida de algunos cabellos cuidadosamente removidos, después de lo cual los mirlos se retirarían para analizar sus datos.

¿Cuánto podrían los pájaros conocer en realidad sobre nosotros a partir de estas estadísticas físicas? Tomemos el tamaño del cerebro, por ejemplo, un rasgo que a los humanos suele llenarnos de orgullo. Considerando sólo sus dimensiones, un ave podría señalar acertadamente que el cerebro humano no tiene nada especial; la ballena y el elefante, por ejemplo, tienen cerebros mucho más grandes. Podrían aventurarse más lejos y comparar el tamaño del cerebro con el peso corporal, pero incluso así, los humanos no destacaríamos: el índice entre el peso cerebral y el corporal del ser humano es aproximadamente igual que el de un ratón (alrededor de 1/40) y menor que el de algunas aves (1/14); en términos de tamaño relativo, los cerebros más grandes quizá correspondan a las hormigas (1/7). Para explicar estos números poco relevantes, los humanos han observado que, si bien el tamaño del cerebro aumenta a la par del peso corporal, su incremento sigue una ley potencial; dicho de otro modo, el incremento del tamaño del cerebro no es directamente proporcional a las dimensiones del cuerpo. Sin embargo, cabe aclarar que se trata de un patrón de crecimiento desarrollado por los mamíferos exclusivamente para los mamíferos. Las aves, si tuviesen que estudiar nuestros

cerebros, tal vez no seguirían dicha lógica y podrían considerar que el cerebro humano —o el animal humano, para el caso— no reviste especial importancia.

Por ello, para realmente conocer a los humanos, los pájaros inquisitivos se verían obligados a estudiar otras cosas además de nuestros cuerpos. Tendrían entonces que observar nuestro comportamiento muy de cerca y hacer el intento de descifrar por qué nos comportamos de tal o cual manera, lo que es sin duda una tarea monumental. Tomemos en consideración una cuestión tan simple como engañosa: ¿por qué estamos leyendo este libro? Podríamos responder "para aprender sobre los pájaros" o "por entretenimiento", pero probablemente tendríamos otras razones más profundas. La lectura parece satisfacer una necesidad humana generalizada. Los biólogos evolucionistas señalan que, a pesar de que el lenguaje escrito no existió en la mayor parte de la historia humana, muchas culturas disfrutan de la lectura. Descifrar las palabras de una página escrita requiere de habilidades mentales que nos han sido inculcadas, aunque nadie sepa realmente por qué nos gusta leer. Y si nosotros mismos no sabemos por qué lo hacemos, ¿qué podría deducir un pájaro al vernos leer este libro? ¿Cómo podría sacar conclusiones sobre un comportamiento tan ajeno al suyo?

Si los pájaros emprendiesen un estudio del comportamiento humano muy probablemente comenzarían con algo que les resultara conocido. Podrían, por ejemplo, estudiar nuestros hábitos de sueño. Aquel equipo de mirlos investigadores establecería su campamento en un rincón de nuestra recámara y tomaría notas detalladas sobre cosas como el color de nuestras sábanas y el volumen de nuestros ronquidos. Los mirlos comprenderían sin duda la necesidad de descansar por las noches; sin embargo, ¿qué conclusiones generales sobre la condición humana podrían sacar de estas vigilias nocturnas, sobre todo si consideramos que las aves no duermen como lo hacemos nosotros? La mayoría de las aves tienen el sueño muy ligero y normalmente no se sumen en el mismo estado de ensoñación o separación del mundo tan familiar para nosotros; asimismo, algunos pájaros tienen hábitos de sueño muy extraños (se cree que hay vencejos que duermen en estado de alerta con sólo una mitad del cerebro activa). Existe un tipo de loro que duerme cabeza abajo como un murciélago. Al atardecer, los colibríes entran en un estado de letargo cercano a la muerte para conservar energía. Incluso los comportamientos más básicos, como el sueño, se vuelven extremadamente complejos y difíciles de comprender conforme más los estudiamos.

De su investigación sobre los hábitos humanos, los pájaros también podrían concluir que las personas desean ser aves. Pensemos en los incontables recursos que en el último siglo hemos invertido en aviones, transbordadores espaciales y otras

máquinas voladoras. ¿Qué pensaría de ello un pájaro? ¿Acaso las aves debatirían sobre las diferencias entre el comportamiento humano y el de los pájaros? ¿Pensarían que son diferencias absolutas o bien una simple cuestión de nivel evolutivo, como alguna vez sugirió Darwin? Un ave podría examinar compasivamente algunos de nuestros aviones y sentirse superior a sus sujetos de estudio humanos. ¿Quién podría culparlos?

Esta idea de las aves estudiando a los humanos no es sino antropomorfismo puro, es decir, adjudicar características humanas a las aves con el fin de demostrar algo. Es obvio que las aves tienen cosas mejores que hacer que estudiar a los humanos y no podemos saber si tienen la capacidad mental para comprender lo que es una investigación científica. Los observadores de aves suelen bromear con la idea de que están siendo observados por las aves, pero ellas probablemente no reparan en los seres humanos más allá del temor instintivo a los depredadores (el capítulo "Luchar o huir: a qué le temen los pingüinos" desarrolla este tema). Los humanos no jugamos sino un rol menor en el mundo de las aves.

Aun así, cuanto más estudiamos a las aves y conocemos más sobre sus comportamientos, más similitudes encontramos entre nosotros y nuestros amigos emplumados. En prácticamente todos los ámbitos del comportamiento de las aves —reproducción, poblaciones, movimientos, ritmos diarios, comunicación, navegación, inteligencia, y así sucesivamente— existen paralelismos profundos y significativos con los nuestros. Un cambio muy reciente en el pensamiento científico sobre el comportamiento animal nos alienta a concentrarnos menos en la singularidad de los humanos y más en lo que el animal humano comparte con otros animales. Características humanas distintivas, como bailar al ritmo de la música (véase el capítulo "Generación *beat:* cacatúas que bailan y nuestra extraña fascinación por la música"), reconocer el propio reflejo y la conciencia del yo (véase "La urraca en el espejo: reflexiones sobre la conciencia del yo en las aves"), crear obras de arte (véase "Artes y astucias: el cortejo estético de las aves de emparrado"), e incluso enamoramiento y amor (véase "Corazones errantes: el secreto oculto en el amor del albatros"), son todas reconocidas ahora en las aves. Esto de ninguna manera es antropomorfismo; quien sugiera lo contrario es porque ignora gran parte de lo que significa ser pájaro. Más aún, una corriente de investigación neurológica en humanos indica que ciertos comportamientos humanos podrían ser más instintivos de lo que muchos de nosotros pensamos, consecuencia de eones de selección natural; dicho de otro modo, ciertos comportamientos evolucionaron como ventajas para la supervivencia. De tal manera que

el aparente abismo entre los humanos y otros animales se ha ido reduciendo en ambos extremos.

He tenido la fortuna de pasar gran parte de la última década en el campo, involucrado en proyectos de investigación con científicos que estudian el comportamiento de las aves. Estos proyectos me han permitido pasar meses continuos observando aves en algunos de los lugares más remotos del planeta, como la Amazonia ecuatoriana, una colonia de pingüinos en la Antártica, el interior de Australia, los Farallones, las selvas de Costa Rica y Panamá, islas remotas en Maine y Hawái, las Galápagos, las Malvinas y otras más. He observado alrededor de 2 500 especies de aves con la siempre creciente certeza de que no son nuestros súbditos, sino individuos alegres e impredecibles, cargados de personalidad y alma. Como a cualquier persona, también toma tiempo conocer a las aves.

Hay habilidades de los pájaros que los humanos no tenemos, algunas de ellas fascinantes y exóticas, como su "sexto" sentido magnético (véase "Volar lejos de casa: cómo se orientan las palomas"), bandadas que operan como imanes (véase "Orden espontáneo: el increíble magnetismo de las bandadas de estorninos") o el poder olfativo de los buitres cabeza roja (véase "La nariz del buitre: olfateando el talento del buitre"). Es difícil imaginarnos con esos superpoderes, aunque las aves en ocasiones nos inspiran para intentarlo.

No obstante, si miramos lo suficientemente cerca, muchas de las increíbles proezas de las aves tienen su contraparte en los humanos, con lecciones interesantes. La crianza cooperativa entre ratonas australianas (véase "Ayudantes coronados: cuando la cooperación es sólo un juego") ayuda a ilustrar por qué los humanos suelen ser buenos con el prójimo. La impresionante velocidad de los colibríes (véase "Guerras de colibríes: los riesgos de volar en el carril de alta velocidad") sirve como una advertencia sobre nuestro propio ritmo acelerado de vida. Los búhos blancos (véase "Ráfagas de nieve: búhos, invasiones y espíritu errante") son prueba de que no todos los que vagan están perdidos. Incluso las gallinas domésticas (véase "Focos rojos: cuando la ley del más fuerte se rompe") tienen mucho que enseñarnos sobre las jerarquías en la naturaleza.

Este libro trata sobre el mundo de las aves; sin embargo, también habla sobre el mundo humano. Las aves podrán comportarse de maneras curiosas, ostentosas y sorprendentes; no obstante, persiguen las mismas cosas básicas que nosotros: alimento, refugio, territorio, seguridad, compañía, un legado. Cada capítulo de este libro explora un llamativo comportamiento aviar y se centra en un ave que lo practica. Una tras otra, se narran historias sorprendentes sobre pájaros. Así que más vale estar preparados para emocionarnos con la memoria de los cascanueces

de Clark (véase "Memoria caché: cómo almacenan la información los cascanueces"), una prueba de lo que el cerebro es capaz y que podría inspirarnos para desatar el poder potencial de nuestro propio cerebro.

Al estudiar a las aves, finalmente, aprendemos sobre nosotros mismos. El comportamiento de los pájaros nos ofrece un espejo en el que podemos ver reflejado el comportamiento humano. En *Esa cosa con plumas,* las imágenes reflejadas nos envuelven por completo con destellos emanados de las alas de los cientos de millares de millones de individuos que conforman las 10 000 especies de aves con las que compartimos el planeta. Por fortuna para nosotros, las aves se encuentran por todas partes. Todo lo que debemos hacer es observar.

Primera Parte

CUERPO

I. VOLAR LEJOS DE CASA
Cómo se orientan las palomas

En una excursión reciente de observación de aves, cuando decidimos hacer un alto para comer una hamburguesa en la comunidad fronteriza de Fields, al sureste de Oregon, la paloma que rondaba en el estacionamiento nos pasó prácticamente inadvertida. Fields es una comunidad con menos de 80 habitantes, en donde no hay más que una estación de gasolina con comedor y una posada, flanqueadas por un macizo de álamos al borde de una solitaria carretera con libre paso de ganado. Varios años atrás observé un avión aterrizar en esa carretera y dirigirse directamente a las bombas de gasolina; el piloto tuvo que cuidarse más del ganado que de los automóviles, ya que en Fields el tránsito es muy escaso.

La paloma picoteaba tranquilamente el pavimento en busca de semillas de plantas rodadoras justo frente a la tela metálica de la puerta del local y daba la impresión de estar esperando una oportunidad para entrar. Justo en los últimos bocados de mi hamburguesa comprendí de golpe que en ese lugar, a 60 kilómetros del McDonald's más cercano, ver una paloma era una rareza.

—¡Vaya, mira, una paloma! —dije.

Otros viajeros también se percataron de su presencia e intentaron ahuyentarla de los despachadores de gasolina, pero el ave prácticamente no se movió hasta tenerlos muy cerca.

—Se ve bastante mansa —comentó mi padre y compañero de excursión—. Me pregunto de dónde habrá venido.

—Apuesto a que podemos descubrirlo —respondí—. Revisemos los anillos de sus patas. Creo que es una paloma mensajera.

Recientemente había investigado sobre el comportamiento de la migración de retorno a las zonas de cría y tenía la cabeza llena de historias extrañas sobre pardelas europeas, un perro maravilloso llamado Bobbie y una carrera de palomas mensajeras con premio de un millón de dólares en Sudáfrica. Ahora, una paloma mensajera real había caído del cielo en medio de la nada, justo a la hora de mi almuerzo; extraña coincidencia.

Tomé mis binoculares, crucé la puerta de tela metálica y comencé a dar pasos laterales describiendo un círculo alrededor del ave en el estacionamiento, en busca

de un ángulo para leer los números de sus anillos. Si lograba obtener un número de serie completo, podría saber quién era su dueño y tal vez cómo es que había llegado a Fields. Pero mi padre fue menos sutil.

—Vamos, ayúdame a flanquearla —dijo acercándose al ave rápidamente. La paloma lo esquivó en el último instante, se detuvo a pocos metros y volteó la cabeza con una mirada insinuante. Mi padre lo intentó de nuevo, pero la astuta paloma zigzagueó fuera de su alcance. Estaba a punto de quitarme la chaqueta para arrojársela encima, cuando mi padre logró atraparla a mano limpia en el tercer intento. El ave cautiva se mostraba indiferente y descansaba cómodamente entre las manos de mi padre; nos miraba fijamente con ojos de paloma mansa como esperando a ser alimentada.

Tenía el aspecto de una elegante paloma urbana con un manchón de plumas blancas en la cabeza y portaba anillos en las patas, uno verde y otro rojo. El verde tenía un chip de computadora sin número, pero en el anillo rojo se leía claramente la inscripción: AU 2011 IDA 1961.

—¡Lotería! —exclamé.

Tras registrar el número liberamos al ave en el estacionamiento, donde volvió a picotear las semillas arrastradas por el viento de entre las grietas del pavimento. ¿Estaría perdida, o tal vez, igual que nosotros, simplemente hacía una escala técnica para repostar? Con ese interesante misterio en las manos regresamos al comedor a pagar las hamburguesas.

Las aves son sorprendentemente buenas para orientarse, de manera que pensé que la paloma tenía muchas probabilidades de volver a su palomar. Las palomas mensajeras son meritoriamente famosas por sus habilidades de orientación; sin embargo, muchos otros pájaros tienen esa misma capacidad. Recordé la increíble historia de un experimento con pardelas realizado en la década de 1950.

—¿Sabías que una pardela recorrió más de 5 000 kilómetros a través del Atlántico para volver a su territorio? —comenté mientras pagábamos la cuenta.

Mi padre está acostumbrado a ese tipo de comentarios, pero la camarera nos miró con extrañeza.

En vísperas de la segunda Guerra Mundial, el ornitólogo galés Ronald Lockley capturó dos pardelas (un tipo de ave marina muy aerodinámica) en la isla galesa de Skokholm y las llevó consigo en un avión hasta Venecia para realizar un experimento. A su llegada a Italia, Lockley se dirigió a la playa más cercana y liberó a las dos aves con la incertidumbre de si las volvería a ver.

Catorce días más tarde, una de ellas apareció de regreso en su territorio de la

isla Skokholm, no mucho después de que el propio Lockley regresara a su casa en ese lugar. Se quedó impactado. El ave marina de color blanco y negro y el tamaño de un balón de fútbol de rugby había viajado más de 1 500 kilómetros a una media de cuando menos 105 kilómetros por día sobre un territorio montañoso completamente desconocido para las aves de su especie. Esta pardela pertenece a una subespecie que pasa casi la mayor parte de su vida en el mar, se alimenta exclusivamente de peces y otras criaturas marinas y normalmente no habita en la región Mediterránea; se posa en tierra sólo para anidar en islas rocosas como Skokholm, en los márgenes de la desoladora región del Atlántico Norte. Un viaje por mar de Venecia a Skokholm requeriría de una compleja ruta de 6 000 kilómetros que tendría que comenzar con rumbo al sureste, rodear la punta de la bota italiana, virar al oeste siguiendo la costa de España hasta cruzar el Estrecho de Gibraltar y de ahí virar al norte costeando desde Portugal hasta Francia; sin embargo, este pájaro tomó una ruta más directa. Tras ser liberada, en lugar de dirigirse directamente al Mediterráneo, tomó la dirección opuesta y desapareció tierra adentro con dirección a los Alpes italianos, para finalmente llegar a su territorio en Gales como si hubiese contado con un mapa y una brújula.

Lockley estaba fascinado. En la década de 1930 se había instalado en Skokholm, un tranquilo refugio rodeado de acantilados con poco más de kilómetro y medio de extensión, con la intención de criar conejos para vender, aunque no tardó en encontrar una mejor forma de vida al dedicarse a escribir sobre la vida de las aves en la isla. Acabó por publicar más de 50 libros e incluso ganó un Óscar por un documental sobre los alcatraces —otra especie de ave marina—. No obstante, es más conocido por sus experimentos que demostraron las increíbles habilidades de orientación de las pardelas. Después del experimento de Venecia, estuvo en busca de una oportunidad para soltar un ave más lejos todavía. Un par de aves enviadas por barco de vapor a los Estados Unidos no llegaron en buenas condiciones como para volver, pero se le presentó una nueva oportunidad cuando, al término de la guerra, el clarinetista estadunidense Rosario Mazzeo visitó Skokholm. Convenció a su amigo de llevar consigo en el avión de regreso un par de pardelas para liberarlas en Boston.

El viaje del propio Mazzeo comenzó en un tren nocturno de Gales a Londres. Su pequeña caja de cartón con el par de pardelas, informó más adelante, "no poca sorpresa y diversión causó entre los ocupantes de los compartimentos contiguos, quienes no podían comprender el origen de los graznidos y reclamos que provenían de mi compartimento durante el atardecer". A la mañana siguiente tomó un largo vuelo a los Estados Unidos con los pájaros debajo de su asiento, algo que

sería prácticamente imposible bajo la seguridad aeroportuaria de nuestra era. Sólo una sobrevivió. Mazzeo fue recibido por un empleado de la aerolínea, quien lo escoltó en un vehículo oficial hasta la punta oriental más lejana del Aeropuerto Internacional de Logan; ahí abrieron cuidadosamente la caja y observaron a su ocupante emplumado estirar las alas y remontar el vuelo hacia el puerto de Boston. En cuanto la pardela alcanzó la costa, viró repentinamente hacia el este y se enfiló hacia el Atlántico, donde 5 150 kilómetros de océano la separaban de su hogar.

Doce días, 12 horas y 31 minutos después, Lockley encontró a la pardela número AX6587 de regreso en su refugio de la isla Skokholm. El ave marina había recorrido un promedio de 400 kilómetros diarios en menos de dos semanas ininterrumpidas. A través del Symphony Hall de Boston, Mazzeo recibió un telegrama con la noticia, pero no conoció la historia completa hasta que Lockley reconstruyó los detalles. Al ver a la pardela de regreso en tan corto tiempo, Lockley estaba convencido de que algo no había salido bien; se imaginó que Mazzeo la había liberado anticipadamente en Londres. De hecho, el amable clarinetista le había escrito una carta desde Boston inmediatamente después de completar su encargo, pero el ave incluso superó al servicio postal. No fue sino hasta que recibió la carta de Mazzeo que Lockley se percató del viaje increíble que la pardela había hecho desde los Estados Unidos hasta su territorio en Europa.

En el mundo abundan historias apenas creíbles sobre animales que encuentran su camino a casa desde lugares desconocidos. Muchas de ellas involucran mascotas. En 1923, una familia de Oregon perdió a su perro, Bobbie, durante un viaje en automóvil por Indiana. Después de buscarlo hasta el agotamiento, regresaron a su casa apesadumbrados; pero, cuál no sería su sorpresa cuando seis meses después, Bobbie apareció frente a la puerta de su casa, con las almohadillas de las patas desgastadas, esquelético y con el pelo roñoso; lo reconocieron por tres cicatrices y un diente faltante. Al parecer, había caminado alrededor de 4 300 kilómetros a través del campo en lo más crudo del invierno. Los periódicos cubrieron la historia y Bobbie, el perro maravilloso, saltó de inmediato a la fama; su familia recibió cientos de cartas, llaves de ciudades, medallas, un collar revestido de joyas y una lujosa caseta de perro. Más de 40 000 personas lo visitaron en el Portland Home Show. La historia de Bobbie apareció publicada en un libro y posteriormente él mismo protagonizó su propia hazaña en la película silente *The Call of the West (El llamado del Oeste)*. Cuando murió, el alcalde de Portland pronunció su panegírico, Rin Tin Tin depositó una corona de flores sobre su tumba y su ciu-

dad natal de Silverton organizó un desfile anual de mascotas que más de 80 años después se sigue celebrando.

Está también la historia de Ninja, un gato tigre de ocho años de edad cuya familia se cambió de Utah a Washington en 1996. Cuando lo dejaron salir por primera vez en su nueva casa de Seattle, Ninja saltó la barda y no volvieron a verlo sino hasta más de un año después, cuando un gatito idéntico y con la misma personalidad y el mismo maullido peculiar apareció en la casa de Utah, con aspecto "de haber vivido una guerra", de acuerdo con el vecino que lo encontró. ¿Habrá sido una coincidencia o será que Ninja realmente caminó 1 400 kilómetros de regreso a su vieja casa? La historia fue lo suficientemente creíble como para aparecer en un episodio del programa de televisión *Nature,* junto con Sooty, un gato que regresó a su vieja casa —no precisamente al día siguiente— después de que su familia cambió de residencia a más de 160 kilómetros de distancia en Inglaterra.

Algunos animales salvajes parecen tener los mismos instintos. En la década de 1970, el Servicio de Parques Nacionales de los Estados Unidos reubicó en Yosemite a cientos de osos negros mal portados, pero sin importar cuán lejos llevaran a los osos sedados en helicóptero, los animales reaparecían insistentemente en sus lugares predilectos habituales, provocando que los guardias del parque renunciaran a reubicarlos e implementaran un programa de condicionamiento del medio. Se ha demostrado que la lobina boca pequeña, un pez nativo del oriente de América del Norte, regresa a sus estanques predilectos después de ser arrojada en alejados ríos tributarios del mismo sistema fluvial. Incluso los caracoles pueden encontrar el camino de regreso a su territorio. Una variedad de caracol común de jardín debe reubicarse a más de 90 metros de distancia o de lo contrario se arrastrará de vuelta para seguir alimentándose de nuestras lechugas.

Los pájaros, sin embargo, con su capacidad para volar largas distancias y orientarse en el camino, son excepcionales para volver a sus zonas de cría desde lugares desconocidos. Las pardelas de Lockley son tan sólo un ejemplo. Incluso las pequeñas aves canoras son capaces de hacerlo. Cuando un grupo de investigadores capturaron algunos gorriones corona blanca en el sur de California y los transportaron a Luisiana, muchos de ellos volvieron a sus zonas de invernada en California al año siguiente. Los investigadores trasladaron algunos gorriones de California a Maryland, y las aves también volvieron. Para poner a prueba los límites de los pájaros, los científicos trasladaron otro grupo de gorriones hasta Seúl, en Corea, a más de 9 000 kilómetros de distancia a través del Océano Pacífico, donde nunca se había registrado la presencia de ningún gorrión

corona blanca. Ese grupo de pájaros nunca volvió a su territorio: tal vez se aficionaron en exceso al kimchi o, más probablemente, su límite fisiológico finalmente fue superado.

Las palomas son bien conocidas por esta capacidad, en parte gracias al deporte de carreras de palomas. Las carreras comunes abarcan distancias de 160 a 320 kilómetros, pero existen algunas carreras oficiales más largas. En China se celebra una carrera que obliga a las aves a volar alrededor de 2 000 kilómetros (aunque para las palomas, más que diversión, esta distancia significa una lucha por la supervivencia, lo que hace de ésta una competencia éticamente cuestionable); existen también anécdotas de palomas que han vuelto a sus palomares desde distancias aún más largas, incluso superiores a los 3 200 kilómetros. Son increíbles hazañas de navegación, sobre todo si tomamos en cuenta que los pájaros no tienen información sobre la extensión del viaje cuando son soltadas lejos de su territorio.

La habilidad de las aves para volver a sus zonas de cría es tan enigmática que ha movido a generaciones de investigadores y psicólogos a preguntarse si acaso existe un ambiguo sexto sentido en ellas. En 1898, el capitán Renaud, especialista francés a cargo del servicio de palomas mensajeras del ejército, se refirió a esta capacidad como sentido de orientación —distinto de la vista, el oído, el olfato, el tacto y el gusto—, y lo atribuyó a un órgano especial en los canales del oído interno de las aves. Más recientemente, el polémico biólogo Rupert Sheldrake, conocido por sus persuasivas investigaciones sobre telepatía, cristales y medicina china, ha sugerido "la existencia de un sentido de orientación no reconocido aún por la ciencia institucional" en las aves y otros animales. Sheldrake trabaja en los límites entre la ciencia y la creencia (sobre su primera publicación, la revista *Nature* comentó: "Es un libro que amerita ser quemado"). Este autor con enorme éxito de ventas atribuye su desconfianza por las ciencias duras a los años de infancia que pasó criando palomas mensajeras. Cuando se alejaba en bicicleta para soltar a sus palomas, siempre volvían al palomar antes que él y los científicos no podían dar una explicación sobre cómo lo hacían. Años más tarde, Sheldrake continúa formulando preguntas inspiradas en esas aves y los científicos siguen trabajando en las respuestas.

Es fácil comprender por qué Renaud, Sheldrake y otros se quedaron tan perplejos ante la capacidad de navegación de las aves; su sentido de orientación en ocasiones puede parecer mágico. Sin embargo, nuestros conocimientos actuales sobre la navegación de las aves han cambiado. En décadas recientes, los investigadores han demostrado que los pájaros pueden orientarse a partir de puntos de referencia específicos del entorno, mediante el sol y las estrellas, e incluso por

medio del sentido del olfato, tal y como hacemos nosotros. Trabajos de investigación cada vez más sofisticados demuestran que las aves también son capaces de orientarse mediante métodos inconcebibles para los humanos, como los campos magnéticos, la luz polarizada, la ecolocalización y el infrasonido. Podemos cubrir los ojos de un ave, obstruir su nariz y sus oídos, trasladarla lejos de su territorio en una jaula magnetizada y, aun así, normalmente se las arreglará para encontrar el camino de regreso a su hogar. Con tal cantidad de técnicas a su alcance, la pregunta no es cómo se orientan las aves, sino cómo es que llegan a perderse (algo que muy raramente ocurre). En efecto, es mucho lo que podemos aprender de las "molestas" palomas.

La domesticación de las palomas se remonta al menos a 5 000 años atrás, incluso antes que las gallinas, posiblemente cerca de Mesopotamia. Los egipcios al parecer amaestraban palomas mensajeras hacia el año 1000 antes de nuestro tiempo, y algunos de los líderes más notorios, como Gengis Kan y Julio César, las utilizaron para comunicarse a largas distancias.

Durante un tiempo, las palomas mensajeras sobresalieron por su servicio en las operaciones militares. Tras la derrota de Napoleón en Waterloo en 1815, una veloz paloma mensajera llevó el mensaje desde la actual Bélgica y a través del Canal de la Mancha hasta el conde Rothschild, perteneciente a la dinastía de banqueros Rothschild, quien al parecer fue la primera persona que conoció la noticia en Inglaterra. Con su ágil mente, el conde tomó varias decisiones financieras críticas y amasó una fortuna considerable al conocer de antemano el resultado de la campaña final de Napoleón.

Durante los cuatro meses del sitio de París en la guerra franco-prusiana de 1871, los militares franceses utilizaron globos aerostáticos para transportar palomas mensajeras sobre las líneas enemigas, colocando en sus patas rollos de microfilme con capacidad para almacenar una gran cantidad de información. Las palomas transportaron más de un millón de mensajes a la ciudad de París desde puntos tan distantes como Londres.

Los historiadores han estimado que durante la primera Guerra Mundial, los ejércitos en conjunto utilizaron alrededor de medio millón de palomas mensajeras. El sistema de comunicaciones militares de los Estados Unidos, Army Signal Corps, utilizó miles de aves, entre ellas una de nombre Cher Ami que salvó la vida de 200 soldados estadunidenses en 1918 al entregar un mensaje a pesar de haber recibido un disparo directo en el pecho que le cegó un ojo y le destrozó una pata. Más adelante, la paloma heroica fue condecorada con la medalla Croix de

Guerre (Cruz de Guerra) de Francia por el servicio prestado; retirada del ejército, murió en 1919 poco después de ser enviada a los Estados Unidos, donde fue disecada por un taxidermista para ser exhibida en el Instituto Smithsoniano. Durante la segunda Guerra Mundial, el ejército británico utilizó alrededor de 250 000 palomas mensajeras. A pesar de que en esos años la radiofonía ya era una práctica generalizada, las palomas resultaban ideales en situaciones que requerían evadir las frecuencias radiales, por lo que su uso fue adoptado por los dos bandos del conflicto. Los programas militares de palomas mensajeras finalmente fueron suspendidos en la década de 1950.

Por otra parte, el deporte de carreras de palomas comenzó en Bélgica a principios del siglo XIX cuando los colombófilos se enfocaron en mejorar sus cualidades de velocidad y resistencia. A partir de entonces, la actividad se extendió a todo el mundo. Con la invención en la década de 1880 de la "marca de goma" para medir la hora de llegada de las palomas, los criadores estaban impacientes por enfrentar a sus aves en carreras locales. El tiempo de las palomas militares ha quedado atrás, pero las carreras de palomas siguen manteniendo su popularidad. Las cosas no han cambiado mucho desde sus inicios, excepto que ahora las apuestas son mucho más altas en los certámenes internacionales.

Taiwán ostenta el mayor número de carreras que cualquier otro país, con la participación de más de medio millón de entusiastas taiwaneses. Bélgica se mantiene como una potencia en este popular deporte en la mayor parte de Europa. Los Estados Unidos cuentan con sus propias asociaciones de carreras, igual que la mayoría de los países desarrollados, con decenas de miles de palomares en todo el país. Es muy probable que en este mismo instante haya palomas compitiendo en un evento en alguna parte del mundo.

En una típica carrera de palomas, los dueños se reúnen con sus pichones en un punto de suelta establecido donde se les deja en libertad para que regresen a sus respectivos palomares, de manera que cada ave cubre una distancia diferente, dependiendo de la ubicación de su destino. Las ganadoras son aquellas que promedian la velocidad más alta. En tiempos recientes, las carreras desde "un mismo palomar" han adquirido popularidad. La mecánica consiste en trasladar a palomas jóvenes a un palomar común, donde son entrenadas durante meses para regresar a ese mismo palomar junto con las demás aves, de manera que en el día de la carrera la suelta de todo el grupo es simultánea, como en un maratón tradicional. Puesto que todas las palomas reciben el mismo entrenamiento, en estas carreras se mide la calidad de las aves en sí.

Algunas palomas tienen mayor habilidad natural que otras. Las palomas ur-

banas silvestres tienen, al parecer, un pobre sentido de orientación, igual que las palomas que se venden en las tiendas de mascotas (las "palomas" blancas que en ocasiones se liberan en bodas y funerales son por lo general palomas mensajeras entrenadas, pues las aves sin preparación son susceptibles de confundirse, aletear en círculos y caer víctimas de gatos y halcones, una escena que a nadie le gustaría presenciar en una ceremonia romántica). De los cientos de razas existentes de palomas domésticas, la mayoría son incapaces de orientarse. La paloma roller de Birmingham, por ejemplo, sobresale por su espectacular maniobra aérea de virar hacia atrás, mientras que la paloma tippler tiene una extraordinaria resistencia de vuelo (el récord es de 22 horas de vuelo continuo en círculos sobre su palomar), pero ninguna de las dos es buena para orientarse. Sólo una raza, la racing homer o *Columba livia domestica,* es la que participa en las carreras importantes de palomas. Puesto que el instinto de volver al palomar es al parecer hereditario, en cierto modo los criadores seleccionan a los individuos más aptos de entre muchas generaciones. Otras aves, como las pardelas de Lockley, comparten esta característica; sin embargo, las palomas son las únicas aves que se entrenan para explotar esa habilidad específica. Ya que es posible atraerlas mediante alimento y refugio, las palomas son sujetos de estudio ideales que nos han enseñado cosas sorprendentes.

Para ser capaces de encontrar el camino de vuelta a su territorio desde un lugar desconocido, las aves deben llevar en su cerebro un mapa y una brújula mentales. El mapa les dice dónde se encuentran y la brújula la dirección que deben tomar, aun cuando al ser liberadas no cuenten con un marco de referencia de la ubicación de su territorio.

Los investigadores han utilizado recursos sorprendentes para comprobar que las palomas no memorizan el camino de ida a un lugar que desconocen. En uno de los experimentos, las aves fueron transportadas en contenedores herméticos con aire purificado, montados sobre ruedas giratorias entre bobinas que variaban el campo magnético y sometidos a sonidos fuertes y destellos luminosos, de modo que, a diferencia de una persona con los ojos vendados en el asiento trasero de un taxi que podría recordar los cambios de dirección y giros del viaje, las aves no contasen con ningún tipo de pista externa. En otro estudio las palomas fueron anestesiadas en el trayecto de ida pero, aun así, lograron volver a su palomar, lo que corroboró la existencia de un sistema intrínseco de brújula y mapa.

El mapa más elemental es el visual. Los pájaros tienen una excelente vista y utilizan puntos de referencia en la tierra para navegar, igual que nosotros. Las palomas aprenden a reconocer su área local durante cortos vuelos de entrenamiento

cercanos a su palomar. En trayectos más largos, se les ha visto seguir el trazo de las carreteras e incluso dar vueltas de 90 grados en las intersecciones. Cuando se encuentran sobre un terreno que les resulta familiar, las palomas recurren a su entorno, como si fuese un mapa gigante, igual que lo hacemos nosotros.

Lo verdaderamente interesante ocurre cuando las aves se encuentran sobre un territorio que no les es familiar. Dado que no pueden recurrir a puntos de referencia visuales, deben utilizar otros métodos más refinados de navegación, como la brújula interna. A diferencia de nuestras brújulas, las aves utilizan diversos métodos para determinar la dirección que habrán de seguir. Si uno de ellos falla por alguna razón, utilizan otro.

Muchos pájaros se orientan con el sol. Se han hecho experimentos en los que estorninos cautivos expuestos a una lámpara móvil en lugar del sol cambian de dirección dependiendo de la posición de la luz. Ya que el sol cambia de posición, las aves compensan la dirección de acuerdo con la hora del día. Estorninos que han sido condicionados artificialmente a diferentes duraciones del día mediante lámparas en áreas cerradas también cambian de dirección al ser expuestas a la luz solar real y se orientan de manera equívoca. Las palomas tal vez utilizan el sol como brújula principal, aunque también logran volver a su palomar en días nublados, de manera que, en esos casos, intervienen otras técnicas más avanzadas de navegación.

Por las noches, algunas aves son capaces de navegar utilizando las estrellas como referencia, al parecer no por el reconocimiento de ninguna constelación en particular sino por observación de la rotación completa del cielo. En el interior de un planetario, el azulejo índigo o gorrión azul (un ave canora pequeña) se orienta dependiendo de la estrella que rote en el cielo, sea la Estrella Polar o una luz artificial. Esto podría explicar cómo las aves canoras que migran por las noches, que son muchas, pueden orientarse en la oscuridad. Las palomas son aves diurnas y la noche no les favorece, por lo que prefieren dormir; normalmente descansan con la puesta del sol y esperan al amanecer. Por este motivo, la mayoría de las carreras de palomas se celebran durante el día bajo un cielo despejado. Sin embargo, en ocasiones llegan a su palomar en las primeras horas del alba, lo que confirma que a fin de cuentas son capaces de volar en la oscuridad.

Si cubriésemos los ojos de una paloma, probablemente llegaría a su palomar utilizando sus otros sentidos de navegación. Un criador que cubrió los ojos de sus palomas con gafas de vidrio opaco describió que descendían a ciegas hasta su palomar como un "helicóptero en caída libre". Una serie de experimentos realizados

en la década de 1970 parecieron demostrar que las palomas (así como una variedad de invertebrados y posiblemente otros animales) pueden percibir la polarización lineal de la luz del cielo y determinar así la posición del sol incluso en días nublados; sin embargo, es algo que todavía no se ha logrado demostrar. Más interesante aún, investigadores europeos hicieron el experimento de cubrir sólo un ojo de petirrojos migratorios y hallaron que eran capaces de navegar sin utilizar el ojo izquierdo, pero se desorientaban al tener cubierto el derecho. Se cree que los pájaros podrían tener algún tipo de receptores fotomagnéticos que son controlados por el lado izquierdo del cerebro, que guarda vínculos más estrechos con el ojo derecho. Dicho de otro modo, los pájaros lograron "ver" el campo magnético terrestre con uno de sus dos ojos, un sentido extraño completamente ajeno para los humanos.

Existe abundante evidencia de que las palomas y otras aves utilizan los campos magnéticos terrestres a modo de brújula convencional. Si bien la manera en la que detectan dichos campos es tema de debate —tal vez se deba al rico contenido de hierro en las células de su oído interno o a la presencia de receptores especializados en sus ojos—, se ha comprobado que mirlos en cautiverio son capaces de orientarse bajo la acción de poderosas bobinas magnéticas, aunque no hayan logrado distinguir entre norte y sur. Existen otros experimentos que han comprobado sensibilidades similares. En años recientes, los investigadores han aislado grupos neuronales en el tronco cerebral de las palomas que se activan dependiendo de su orientación en un campo magnético artificial (previamente habían vinculado cierta actividad en el oído interno con el tronco cerebral). Los humanos, valga la aclaración, tampoco compartimos esa sensibilidad con las aves.

El mapa mental es más difícil de explicar que la brújula. ¿Cómo puede un ave conocer el mapa de un lugar en el que nunca ha estado? Probablemente utiliza un sistema de coordenadas. Las palomas pueden detectar las más mínimas variaciones en el campo magnético terrestre para conocer su posición dentro de una red mundial; sin embargo, nadie lo sabe a ciencia cierta y experimentos recientes han sugerido otras posibilidades.

En un estudio, los investigadores aislaron los nervios cerebrales asociados con los receptores magnéticos y el sentido del olfato. Si bien las palomas no tuvieron problema para volver a su palomar incluso con los nervios magnéticos obstruidos, se desorientaron con la obstrucción de los nervios olfativos. Esas palomas al parecer utilizaban un mapa olfativo del entorno, dejándose llevar a casa por sus narices. Aunque hasta ahora solía pensarse que las aves carecían de un sentido del olfato agudo, esta idea está cambiando. Se sabe que las aves marinas

en particular localizan sus nidos e incluso reconocen a sus parejas mediante el olfato, mientras que otras aves, como los buitres, tienen la capacidad de percibir concentraciones ínfimas de partículas suspendidas en el aire. Es posible que las palomas sean capaces de olfatear el camino a seguir de manera muy parecida a como lo hace un perro.

En 2011, un grupo de investigadores italianos se aventuraron más lejos al poner en práctica su idea de que las palomas podrían depender de más de uno de sus orificios nasales para orientarse. Insertaron tapones de goma alternadamente en las narinas derecha e izquierda de 31 palomas, colocaron en sus espaldas sistemas de posicionamiento global y soltaron a las aves a una distancia aproximada de 40 kilómetros de su palomar. Las palomas con las narinas del lado derecho bloqueadas recorrieron caminos significativamente más indirectos en su vuelo de regreso. La paloma procesa la información olfativa en el hemisferio izquierdo del cerebro, que guarda una conexión más fuerte con la narina derecha, de modo que tiene sentido que dicho orificio sea crucial si las aves utilizan el sentido del olfato para navegar. Pero esta conexión no se limita a los pájaros. Aunque los humanos normalmente solemos percibir mejor los olores con la fosa nasal izquierda, tendemos a encontrar los olores más placenteros al inhalarlos con la derecha. La disciplina de respiración profunda practicada en el swara yoga sostiene que la fosa nasal derecha es caliente y solar, mientras que la izquierda es fría y lunar; si bien en nosotros está decidir si eso mismo podría aplicarse a las palomas, de hecho existe una diferencia cuantificable entre los dos orificios nasales.

Investigaciones recientes indican también que las palomas son capaces de percibir infrasonidos, como las frecuencias graves generadas por el océano y las corrientes de aire, y orientarse mediante ellos. Estas ondas sonoras, que se encuentran por debajo del umbral auditivo humano y son cercanas a las frecuencias generadas por los terremotos y por las ballenas en sus cantos, son tan largas que pueden librar enormes obstáculos y recorrer cientos de kilómetros. Cambian también dependiendo de las condiciones atmosféricas, de modo que los sonidos pueden propagarse más lejos en unos días que en otros. En la década de 1990, un geólogo especuló con la idea de que la explosión sónica del Concorde interfería con las carreras de palomas, ya que las palomas parecían extraviarse con más frecuencia en los días despejados en que el avión cruzaba los cielos. Si bien esta hipótesis nunca pudo demostrarse, es bastante factible; un estudio de 2013 realizado en Nueva York comprobó que las palomas mensajeras perdían el rumbo los días en que el infrasonido proveniente de su palomar no alcanzaba a llegar al sitio

en el que eran liberadas. Dicho de otro modo, las palomas necesitaban oír los infrasonidos de su palomar para volver.

Solemos pensar que las palomas son criaturas indiferentes, consecuentes y bastante tontas, con una predisposición innata extraña y misteriosa; sin embargo, tal vez no hemos sido capaces de reconocer su inteligencia como es debido. Las aves no son misiles mecánicos, cada cual presenta una personalidad propia, es capaz de tomar decisiones diferentes y posee una genética y una historia particulares. Más que depender de un método determinado, las palomas probablemente utilizan todas las herramientas que tienen a su disposición —puntos de referencia, el sol y las estrellas, la luz polarizada y los campos magnéticos, el olfato, los infrasonidos y todo aquello que les resulte de utilidad— para volver al palomar de la mejor manera posible cada vez que son soltadas lejos por sus dueños. Estas aves son notorias por su forma de procesar la información, lo que se aproxima bastante a la definición de inteligencia, aunque, cabe señalar, no son infalibles.

Las palomas son famosas por su habilidad para volver a su palomar desde cualquier punto; no obstante, existen un par de excepciones conocidas, lugares específicos que por alguna razón confunden a las aves. Un sitio de Nueva York de nombre Jersey Hill adquirió fama por ser un punto problemático para la orientación de las palomas durante los experimentos ornitológicos realizados por la Universidad de Cornell en la década de 1980. Algunos pensaron que el lugar presentaba anomalías magnéticas que interferían con el sentido magnético de las palomas. Sin embargo, recientemente los investigadores registraron un mapeo de los infrasonidos del lugar y determinaron que Jersey Hill se encuentra en una sombra acústica, es decir, una zona de silencio a la que no llegan las bajas frecuencias del palomar. Asimismo, un lugar en el este de Inglaterra es conocido entre los colombófilos como el "Birdmuda Triangle" (juego de palabras entre el Triángulo de las Bermudas y el vocablo inglés para pájaro, *bird*) por la cantidad de palomas que han desaparecido ahí durante las carreras, aunque el triángulo no ha sido objeto de estudios tan exhaustivos como Jersey Hill. Hay quienes dicen que las señales de radio generadas por una estación satelital de la Real Fuerza Aérea interfieren con el sistema de navegación de las palomas, aunque todavía no existe evidencia de que las aves sean capaces de percibir las ondas radiales. Para las palomas, ciertas zonas parecen presentar mayores retos de orientación que otras.

El premio más famoso de todos los tiempos para la paloma mensajera "más extraviada" tal vez corresponda a Houdini, desaparecida durante una carrera de 360 kilómetros celebrada en Gran Bretaña; el ave reapareció cinco semanas des-

pués, en perfecto estado de salud, sobre el techo de una casa de la ciudad de Panamá, a 8 368 kilómetros de su palomar. Se ha llegado a creer que Houdini viajó como polizón en un barco con destino al Canal de Panamá. "Yo ni siquiera sabía dónde estaba Panamá", comentó su dueño.

Más extraño aún, en un día funesto de 1998, más de 2 200 palomas desaparecieron misteriosamente durante dos carreras distintas celebradas al amanecer en Virginia y Pensilvania. Era una mañana de clima tranquilo en la que 1 600 de 1 800 palomas desaparecieron en una carrera, y 600 de 700 jamás llegaron en la otra, promediando un índice de pérdida de 85 por ciento. La noticia fue reportada en los medios a nivel nacional. La desaparición de unas cuantas palomas en carreras de 250 kilómetros es normal —a veces son atrapadas por halcones peregrinos o mueren guillotinadas por cables de alta tensión—; sin embargo, el índice de pérdida normal suele ser menor a cinco por ciento. Los organizadores de las carreras quedaron perplejos e impotentes ante esa desaparición masiva sin precedentes, pues ni una sola de las aves extraviadas fue encontrada.

Las nuevas tecnologías podrían al menos proporcionarnos una clave para resolver tan misteriosas desapariciones. El desarrollo de sistemas de posicionamiento global diminutos, colocados en pequeñas bolsas adheridas al lomo de las palomas para registrar sus recorridos con precisión, han sugerido a los científicos que las palomas siguen un orden jerárquico de vuelo. Las palomas mensajeras son muy sociables, por lo que al ser liberadas suelen formar bandadas compactas para volar hacia su palomar. Algunas tienden a seguir las decisiones de otras, de modo que unas cuantas asumen el papel de líderes durante el vuelo en grupo, igual que las gallinas de un gallinero. La interacción social quizá ayude a las aves con menos experiencia a aprender de las más viejas, un fenómeno en gran medida pasado por alto por los científicos que buscan explicar el aspecto biológico del comportamiento de la migración de regreso a las zonas de anidación. Este orden jerárquico es por lo común un buen sistema, aunque no es perfecto. En el caso de las palomas que desaparecen, tal vez algunos de los líderes se confunden —por infrasonidos, anomalías magnéticas u otros motivos— y muchos de los individuos del grupo simplemente los siguen para no regresar nunca más.

A pesar de este comportamiento instintivo, las palomas mensajeras deben recibir un entrenamiento intensivo para no extraviarse. Por lo general un criador comienza permitiendo que sus pichones vuelen alrededor del palomar para que aprendan a reconocer la región; más adelante, todos los pichones serán sometidos a una serie de vuelos de entrenamiento, comenzando cerca de su casa y alejándose gradualmente. No es cosa de magia. A pesar de su habilidad innata, para

tener éxito las palomas necesitan del condicionamiento, exactamente igual que los atletas humanos.

Este entrenamiento puede apreciarse en todo su esplendor en la carrera de único alojamiento más grande del mundo: la Carrera de Palomas del Millón de Dólares de Sudáfrica. Cada mes de enero, miles de colombófilos se congregan en el reluciente hotel Emperors Palace de Johannesburgo para desplegar el poder de navegación de sus pichones y, de paso, disfrutar de las elevadas apuestas, muy por encima de lo normal.

Durante una semana al año, las palomas se convierten en celebridades por derecho propio en la Carrera del Millón de Dólares, acompañadas por una comitiva de personas. La reina Isabel II y Mike Tyson han inscrito pichones en esta carrera. En cierta ocasión, Tyson explicó que después de abandonar el boxeo, la crianza de palomas le ayudó a mantenerse sano, e incluso apareció en Animal Planet como protagonista de su propio *reality show* de televisión sobre carreras de palomas. Parte del atractivo de esta carrera son las apuestas increíblemente altas que se llevan a cabo en ella. Los criadores pagan una inscripción de 1 000 dólares por cada pichón para competir por 1.3 millones de dólares en premios. Las palomas ganadoras, con nombres como Rubellos, East of Eden y Four Starzz Dream, son subastadas en pequeñas fortunas para servir a los colombófilos como reproductoras. En 2008, un pichón particularmente atlético de nombre Birdy fue subastado en 102 000 dólares.

La carrera en sí es en línea recta. Más de 3 500 palomas son soltadas simultáneamente desde un camión ubicado a una distancia aproximada de 563 kilómetros del hotel. La primera en llegar al palomar del hotel es la ganadora. Las palomas son anilladas con chips electrónicos que registran sus tiempos de vuelo, similares a los utilizados por los maratonistas. Los pichones más rápidos por lo general compiten de ocho a 10 horas, dependiendo de las condiciones climáticas, mientras que miles de espectadores siguen en vivo la cobertura en pantallas gigantes instaladas en un estadio cerrado.

Todo lo que rodea a la carrera es extravagante, desde sus orígenes en el hotel Sun City de la empresa Sun International —un casino encumbrado en las alturas en el norte de Sudáfrica— hasta su versión actual en el Emperors Palace, con sus ostentosas subastas y automóviles de premio para las carreras de entrenamiento. Este certamen no es bueno para los débiles de corazón o de cartera. Para disgusto de los colombófilos tradicionales, cada vez es más frecuente en estas carreras la participación de magnates chinos y colombófilos del norte de Europa (por otor-

garles un nombre técnico) que pueden permitirse tener aves cuyo valor supera al de un automóvil de lujo. En su nivel superior, el deporte no es otra cosa sino números —dólares y segundos— y es fácil quedar atrapado en listas de *rankings* infinitas que forman el grueso de los artículos de prensa y reportes de la Carrera del Millón de Dólares. No obstante, la magia permanece. Todo mundo puede entender una carrera de palomas y todos, en algún momento, se han preguntado cómo es que esas aves parecen tener un mapa y una brújula mentales dondequiera que se encuentren.

Los organizadores de carreras toman muy en serio la fase de entrenamiento, ya que no desean que las preciadas aves se extravíen en el evento principal, cuya duración es mayor a la mayoría de las carreras de palomas. Los pichones permanecen en cuarentena en instalaciones de primer nivel y se les consiente como a estrellas de cine. En los meses previos a la carrera, participan en 27 vuelos de entrenamiento diferentes con distancias de entre 48 y 386 kilómetros. Dado que algunos pichones desaparecen en estos vuelos cortos, los competidores pueden ingresar hasta cinco pichones de reserva para remplazarlos. Sin embargo, a pesar de este refinado alojamiento y entrenamiento, muchos de los mejores pichones del mundo desaparecen tras su suelta en la sabana arbolada de Sudáfrica, a una distancia de 563 kilómetros del palomar. Ningún ave es perfecta. El índice de pérdida en el día de la Carrera del Millón de Dólares varía entre 30 y 70 por ciento.

La paloma perdida que encontramos en Fields pertenecía a Marty, quien vive en Nampa, Idaho, a 180 kilómetros del lugar. Localicé su número telefónico y le marqué. "Claro", exclamó, "es una de nuestras mejores aves, amistosa y con manchas blancas."

Marty es un hombre de 44 años que durante el día arma casas prefabricadas y cría palomas mensajeras en su tiempo libre. La afición le fue inculcada por su padre, quien tiene un aviario con entre 80 y 100 pichones en el traspatio de su casa; prácticamente todos los fines de semana, padre e hijo se reúnen para entrenar y competir en carreras de palomas. Pertenecen a un club de Idaho que cuenta con una veintena más de colombófilos de la región y participan en media docena de carreras de palomas oficiales en primavera y otoño.

Esta paloma en específico, la número 1 961 (Marty sólo utiliza el número del anillo para reconocer a sus pichones), fue soltada junto con otros 150 pichones en una sesión de entrenamiento en Owyhee, Nevada, el 7 de abril, como parte de la preparación para una carrera que se celebraría en esa región pocos días después. Debería haber recorrido 180 kilómetros al norte para llegar al palomar de

Marty en Nampa, Idaho, pero de alguna manera apareció 210 kilómetros al oeste en Fields, Oregon, una semana después. De toda la suelta de pichones de ese día, 30 de los cuales pertenecían a Marty, fue el único que no regresó al palomar.

Marty no podía entender cómo era que se había perdido, sobre todo considerando que sus padres eran dos de sus mejores reproductores. Quizá atemorizado ante la presencia de un halcón se separó del grupo y cambió de rumbo, pues, recientemente, un par de ratoneros cola roja que anidaban en lo alto de un árbol cercano a su casa habían estado asustando a sus pichones al amanecer, aunque los halcones no los perseguían. Criado por Marty el año anterior junto con otros 48 pichones jóvenes, el número 1 961 ya había demostrado sus habilidades en carreras oficiales, la más larga de ellas cerca de Hoodoo, Oregon, a una distancia aproximada de 440 kilómetros de su palomar en Nampa. Algunos pichones pueden competir durante cinco o seis años, y éste en particular tenía una promisoria vida competitiva por delante.

"Es raro que una paloma se extravíe", me comentó. Dos o tres veces por año, una de sus palomas llega a un palomar equivocado por seguir a los pichones de otro criador, y entonces recibe una llamada de alguno de sus amigos colombófilos; pero sólo una vez cada dos años alguien le llama para reportar una paloma que se encuentra perdida, lo que no está nada mal si se considera que sus pichones participan en vuelos de entrenamiento cada dos días durante las temporadas de carreras. Las palomas de Marty normalmente vuelan a su palomar sin detenerse, pero se ha dado el caso en que algunas llegan semanas después, de manera que todavía existía la posibilidad de que ésta pudiera orientarse para llegar a su palomar.

Cuando le pregunté cómo hacían sus palomas para encontrar el camino de vuelta al palomar, Marty no hizo referencia a campos magnéticos ni neuronas especializadas. Tras décadas de cuidar a sus palomas una o dos horas por día, ha llegado a conocerlas como individuos. "Las palomas son verdaderamente listas", respondió con sencillez. "Las personas no se dan cuenta, pero estas aves son muy inteligentes."

Esa cosa con plumas. La sorprendente vida de las aves y lo que nos revela sobre la condición humana, de Noah Strycker, se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 2022 en Arcángel Maggio - División Libros, Lafayette 1695, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.
La tirada fue de 3.500 ejemplares.

Las aves siempre han tenido la facultad de cautivarnos, ya sea por su melódico canto, por la infinita variedad de colores en sus plumas o por la gracia que manifiestan en su vuelo, de ahí que hayan inspirado numerosas creaciones poéticas e investigaciones científicas. Y aunque sus exóticas formas así lo sugieran, no son criaturas tan lejanas a nosotros; su estudio podría esclarecer muchos de los misterios de nuestro propio comportamiento: hay especies que celebran funerales; otras, capaces de bailar con ritmo, y algunas, con la habilidad para crear obras de arte.

Esa cosa con plumas plantea un refrescante acercamiento al campo de la ornitología, invita a la investigación multidisciplinaria y da ejemplos de cómo puede influir el estudio de las aves en ciencias como las matemáticas y la medicina.

CIENCIA Y TECNOLOGÍA

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

www.fondodeculturaeconomica.com

ISBN 978-987-719-371-8

9 789877 193718